

# La fiesta

Claudia Arzate-Domínguez

**E**stamos en septiembre, en la víspera de la fiesta patronal del pueblo. Por todas partes, los vecinos adornan las fachadas de sus casas con papel picado. Barren las calles. Colocan portadas y alfombras de flores. En la explanada principal, unos señores arman la estructura del castillo; otros traen los toros pirotécnicos y la brazada de cuetes.

De repente escucho gritos y lamentos. Entro a la habitación, la abuela está de pie, detrás de mi mamá. Le da unos algodones y la botella del alcohol. Mamá venda las heridas de mi hermana mayor. Ella llora desconsolada, sentada en una silla de madera. Tiene morado el ojo izquierdo y en sus labios hay residuos de sangre seca. El borracho de su esposo la golpeó, anoche.

Al verla, me dio mucho coraje. Me paré frente a ella y le dije:

- ¡Por qué te dejaste! ¡Te hubieras defendido! Mi hermana permaneció callada. Mi mamá y la abuela me miraron con desaprobación.

- ¡Ignacia, cierra la boca! Todas hemos pasado por esto. Mejor te vas acostumbrando – gritó furiosa mi abuela.

- Tienes 14 años. Ya te estás quedando- me dijo mamá.

Aquellas voces hicieron eco en mi interior. Frente a nosotras había un imponente espejo que se tornó infinito; me dieron ganas de romperlo. Sentí que de la tierra brotaba una enredadera que ataba mis pies junto a los de ellas. Salí corriendo rumbo al campo.

Eran las cinco de la madrugada, cuando me desperté. A lo lejos se escuchaba la música. Miré a través de la ventana. La multitud pasó frente a mi casa, recorría en procesión las principales calles del pueblo. Adelante iba la Virgen de los Dolores

ataviada de púrpura. Detrás, las mujeres rezaban y entonaban cánticos religiosos; llevaban cirios y velas en las manos. Los niños desperdigaban pétalos por el camino. Los músicos tocaban, con júbilo, sus instrumentos. Los cuetes tronaban estrepitosamente cual flechas hendiendo el aire.

Es de noche, el enorme y antiguo reloj de péndulo, que se encuentra en una de las torres de la iglesia, marca las ocho. El redoble solemne de las campanas anuncia que dará inicio la quema del castillo y el espectáculo de fuegos artificiales.

El atrio luce atiborrado de gente. La abuela, mi mamá, mi hermano menor y yo entramos al templo. Ellas se arrodillan y se santiguan ante el sagrario. Camino hacia el altar. Los murmullos de las rezanderas se asemejan al zumbido de las moscas. Estoy bajo los pies de La Dolorosa, observando cómo sus lágrimas caen sobre su rostro cerúleo. La luz titilante de las velas ilumina las miradas lánguidas y moribundas de los santos. Disfruto del imperioso perfume: flores frescas e incienso. Mi inquieto hermano sale del templo. Voy detrás de él.

En la plaza había puestos de comida y juegos mecánicos. Encontré a mi hermano jugando tiro al blanco con sus amigos de la Secundaria. Hacían apuestas. Unos hombres pasaron cerca de nosotros, llevaban los toros pirotécnicos. Los amigos de mi hermano me dijeron al unísono: ¡Ignacia, a que no te atreves a cargar el torito! Mi hermano con voz burlona respondió: ¡Le da miedo! ¡Es mujer! ¡No puede! Fui el hazmerreír de todos.



Detalle del libro de artista, *El origen del fuego*, (2019). Litografía en seco, sellos: Kena Kitchengs.  
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

Una extraña fuerza recorrió mi cuerpo. Los latidos de mi corazón trémulo se acrecentaban con el sonido de los instrumentos de percusión. Recordé que cuando tenía siete años, observé por primera vez el encendido del castillo. Comencé a llorar, me escondí debajo del rebozo de mi mamá porque me dio miedo el ruido ensordecedor y las luces que se disipaban por doquier en medio de la oscuridad.

Un segundo recuerdo vino a mí. Una vez mi hermano y yo estábamos en el campo pastando a los animales. Él se sujetó de la cola de un toro; se dejaba arrastrar y el animal avanzaba sin hacerle daño. Así que decidí hacer lo mismo con el otro toro. Pero éste al sentir mis manos sobre su cola, se volteó enfurecido, queriendo clavar-me sus afilados cuernos. Me caí en la tierra, me levanté de prisa. Corrí tratando de ocultarme entre la maleza, mientras la bestia me perseguía. Mamá vio desde lejos y se apresuró hacia mi encuentro. Con una vara le pegó al animal para que se alejara. Me regañó por tratar de imitar a mi hermano.

Por último, recordé a mi hermana herida. Cientos de imágenes se mezclaban en mi mente. Fijé la vista en el señor que cargaba el torito. Cuando pasó cerca de nosotros para que algún voluntario lo cargara, temerosa y a la vez con determinación le dije que me lo prestara. El señor titubeó en dármelo pero los chicos lo convencieron.

Me cubrieron la espalda y la cabeza con un ayate para que las chispas no me quemaran. Tomé el toro y comencé a correr; la muchedumbre alborotada me abría el paso. Bailé al compás del trombón, de la tambora y de los platillos. Las luces



Detalle del libro de artista, *El origen del fuego*, (2019). Litografía en seco, sellos: Kena Kitchengs.  
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

serpenteantes de diversos colores brillaban a mi alrededor. Mi hermano y sus amigos reían sin parar.

Entre los espectadores divisé a la abuela y a mi madre. Varias señoras cuchicheaban: ¡Es una mujer! ¡Qué barbaridad! ¿Quién será la atrevida? Mamá miraba estupefacta, con ojos centelleantes de cólera. Me reconoció por las calcetas rayadas que llevaba puestas. Sabía que al llegar a la casa me daría una tremenda paliza.

A la par comenzó el encendido del castillo. En la punta, había un piro lebrero que decía: “Viva la Virgen de los Dolores, nuestra Santa Patrona”. Las imágenes religiosas y las figuras geométricas giraban y silbaban con furia. Despedían humo azul. La lluvia de estrellas, de las bombas pirotécnicas, alumbraba los rostros boquiabiertos de los concurrentes.

De pronto, del castillo se desprendieron dos ruedas flamígeras. Una de las ruedas cayó sobre las arcinas del establo de una casa contigua. La lumbre se esparció por los terrenos baldíos como un coyote hambriento buscando a su presa. En seguida, otra rueda cayó en el techo de madera de la iglesia. Por lo tanto, se desencadenaron deslumbrantes explosiones. La fuerte detonación se confundía con el estruendo de las bombas multicolores y de la música de banda. Todos miraban desconcertados. Corrían de un lado a otro, esquivando las flamas y tratando de apagar el incendio.

Yo estaba parada en medio de la plaza principal. Junto a mí yacía el toro de cartón. Enormes llamaradas se encaramaban por las paredes de la iglesia. El techo ardía bajo la luz de la luna. El cristal, del reloj de la torre, estalló. Los vidrios asimétricos, dispersos en el piso, reflejaban el panorama desolador. Las manecillas, los números y el péndulo dorado cayeron al suelo produciendo un sonido sobrenatural. Las llamas iban y venían conforme avanzaba la noche.

El lucero del alba advierte el amanecer. El pueblo se consumió como una hoja de papel. Mi familia quedó atónita ante el desastre. En medio del gran silencio fúnebre se escuchan sollozos. Volutas de humo salen de los montones de ceniza. Camino entre las ruinas. La ceniza flota en el aire y cae a mi paso. Mis lágrimas abren surcos sobre mi cara tiznada. Me duele la cabeza y el pecho. Todos me culpan por la desgracia.

Una voz ancestral femenina me susurró en el oído: “Ignacia, vete. Aquí ya no hay lugar para ti”. Siempre pensé que éste no era mi lugar. Es hora de partir. No debo de mirar atrás.

CLAUDIA ARZATE DOMÍNGUEZ. Adscrita a la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México.

*Recibido:* 23 de octubre de 2019  
*Aprobado:* 1 de septiembre de 2022